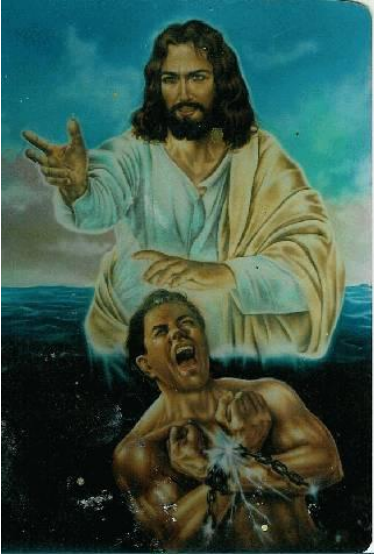


Domingo 23^a (B): Dios nos libera de las penas y para esto nos manda a Jesús, con sus milagros cura y con el Evangelio nos salva

Isaías profetiza: «Sed fuertes, no temáis... vuestro Dios...

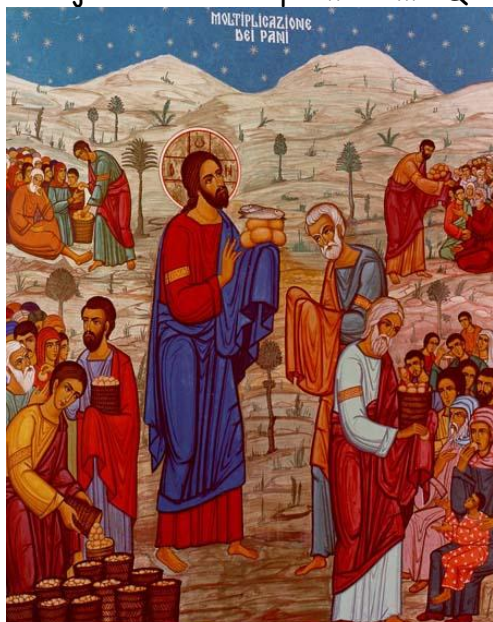


viene en persona... os salvará» Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará. Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa, el páramo será un estanque, lo reseco un manantial". Habían salido de Egipto, pero esta nueva salida es distinta... cuando los emisarios de Juan el Bautista le preguntan a Jesús: "¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro? Jesús les respondió: Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y

oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia". Jesús cumple así la gran profecía de Isaías; Él es el gran liberador... Y también tiene un sentido espiritual que nos toca: ¿anunciamos a Jesús a los demás, nos preocupamos de los pobres, no dejamos que haya nadie marginado a nuestro lado? **Nadie puede vivir sin esperanza. Todos necesitamos un ideal que dé sentido a la vida. Los pobres, los enfermos son los que necesitan hacer renacer la esperanza, necesitan que les hagamos ver a Jesús...**

Por eso pedimos en el Salmo: "Alaba, alma mía, al Señor... Que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. El Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de

los malvados". Pedimos el reino de Dios, como en el padrenuestro: "venga a nosotros tu reino", que la gente sea feliz, y que vaya al cielo: Padre: -Que has creado los cielos -Que mantienes su fidelidad -Que haces justicia a los oprimidos... -Que das el pan a los hambrientos...



B. Florea: Multiplicación de los panes

Yahvéh -Que liberas a los prisioneros... Yahvéh -Que abres los ojos a los ciegos... -Que enderezas a los encorvados... Yahvéh -Que amas a los justos... Yahvéh -Que guardas a los peregrinos... -Que proteges al huérfano y a la viuda... ¡ayúdalos a todos, los que te necesitan! **Jesús se pone de lado de los pobres. Muchos milagros de Jesús fueron eso: la multiplicación de los panes para los hambrientos, la devolución de la vista a**

los ciegos, la liberación de los prisioneros del pecado... Señor, concédenos esta felicidad profunda. Haz que creamos que allí, y únicamente allí está la felicidad estable, que nada, absolutamente nada, puede lastimar ni empañar.

Santiago insiste: "No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con el favoritismo. Por ejemplo: llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos; el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís: «Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.» Al pobre, en cambio: «Estáte ahí de pie o siéntate en el suelo.» Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que

prometió a los que lo aman?" La mayor contradicción está en pretender compaginar la fe en Jesús con la discriminación de clases: la comunidad prefiere a los ricos y menosprecia a los pobres. Vive en el engaño. Prefiere a los ricos, olvida que la riqueza de la comunidad viene de Dios, que se ha hecho cargo de sus pobres: vive como si Dios no fuera su único Señor: la fe en Jesucristo, el único Señor de todos los creyentes, no se compagina con preferir unos a otros por dinero. Por lo tanto, no debemos estimar a los hombres por lo que aparentan o lo que tienen, sino por lo que son delante de Dios. La máxima del mundo es ésta: "Tanto tienes, tanto vales". Pero Jesús llamó bienaventurados a los pobres. Si preferimos a los ricos y despreciamos a los pobres, nos apartamos en la práctica de la verdadera religión y así no era Jesús. Los pobres, herederos del Reino; el único criterio es el amor. Los que hayan amado al Señor serán herederos del Reino prometido, porque a todos los ha hecho ricos en la fe. La verdadera riqueza es la fe, y la condición de entrada en el Reino es el amor. Nadie es más que nadie, y nadie es menos que nadie. Amar es compartir, el que tenga, que dé a los que no tienen, porque podríamos estar en su lugar, y hemos de tratarlos como nos gustaría que nos trataran si estuviéramos en su lugar, como dice S. Agustín: "Por lo tanto, repartan. Tengan; pero lo que tienen de más, repártanlo. Así tienen lo necesario y no pierden lo que hayan dado. Serán más dueños de esto que de aquello con que se quedaron, pues, o bien lo han de dejar aquí, o bien lo han de consumir en sus necesidades. ¿Qué se hará de lo que hayan dado? Óyelo también. Sigue así: *Atesoren para sí una buena base para el futuro, a fin de conseguir la verdadera vida. ¿Qué diste de grande, si has dispuesto emigrar de este lugar donde todo perece? Con lo que diste a los pobres los convertiste en tus portaequipajes. Si sois tales no floreceréis como el heno en la travesía de este mundo, sino como el olivo, que está verde aun en el invierno, y se dirá por vuestra boca: Yo soy como el olivo fructífero en la casa de Dios. Pero como olivo fructífero en la casa de Dios, mira lo que sigue: He*

esperado en la misericordia de Dios, no en la inseguridad de las riquezas".

El Evangelio nos presenta Jesús con "un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él,



apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo: - «Effetá», esto es: «Ábrete.» Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad... y decían: - «Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.»" Es como el bautismo cuando se dice a los oídos "ábrete" pero no como en el cuento "iábrete sésamo!" sino que

se abren los oídos a la Palabra de Dios y se empieza a creer, y se hace el milagro. Hay quienes se tapan los oídos para no oír las palabras, pero nosotros queremos oír a Jesús y quedar curado de nuestra sordera, de que a veces nos cuesta creer: **con los Sacramentos, todo el hombre queda sanado. Las dolencias que deforman la creación de Dios quedan eliminadas y vuelve a brillar el esplendor original. Es un signo de la creación nueva que Dios realizará algún día. En la mañana de la creación todo lo hizo bien en el día de la consumación todo lo hará nuevo. También en los sacramentos se nos impone las manos y Jesús vuelve a decir las palabras que nos curan. Y entonces la lengua puede pedir perdón, y empieza a alabar a Dios, a estar contenta, con esperanza: sueña un futuro mejor, y lo tendrá, porque él ya será mejor.**